

MANUEL ACUÑA.

A LA SOCIEDAD FILOIATRICA,
EN SU INSTALACION.

¿Hasta cuando llegará el día
en que se aprecie más al hom-
bre que enseña que al hombre
que mata?

M. Ocampo.

Sombras gigantescas de Scipión y Ciro
De César y Alejandro,
No os alceis de la tumba á mis acentos;
Que si es verdad que vuestra gloria admiro,
Me espanta vuestra gloria resonando
Entre ayes de dolor y de lamentos.
Yo no canto á vosotros, cuyos lauros
En la sangre crecidos
Respiran con el aire de la muerte;
Yo no canto á vosotros los temidos,
Los que formais las leyes con la espada
Sin tener más derecho que el del fuerte.

Vuestros nombres sublimes
No hacen arder la sangre de mis venas;
Yo canto é Aténas enseñando á Roma,
No canto á Roma conquistando á Aténas.
Como el águila audaz que surca el viento
En pos de espacio que bastante sea
Para dar á sus alas movimiento,
Lo mismo mi alma cuando hallar desea
La luz de la poesía,
No busca sus raudales en la noche,
Sino en la aurora al despuntar el día;
Y al encontrar la llama indeficiente
De la verdad sagrada,
Mi pecho entónces se electriza y siente,
Y de mi lira tosca y olvidada,
Brotan cantares que sonar quisieran
Desde el nuevo hasta el viejo continente.

Era la sombra: entre su negro manto
Vegetaban los hombres,
Nutriéndose con penas y con llanto,
Sin otra ciencia que sufrir humildes
Del infortunio las amargas leyes,
Y sin otros señores que verdugos
Con el pomposo título de reyes.

Esqueletos del cuerpo
Y esqueletos del alma,
Los séres como Dios, no eran entonces.
El Adán pensador del primer día,
Sino siervo que ató con mano airada
A su carro triunfal la tiranía.

Mómiás vivientes que al dejar el mundo
 Para volver al hueco del osario,
 Dejaban á sus hijos en recuerdo
 La cicuta del Sócrates profundo
 Y la sangre del Cristo del Calvario.
 Y así pasaron siglos y más siglos
 Que de su inmensa huella en la distancia
 Solo dejaban sombras y vestiglos,
 Vagando entre las nieblas
 De la noche sin fin de la ignorancia.

Mas de pronto la luz del pensamiento
 Iluminó vivífica y radiante
 De la santa Razón el firmamento,
 Y Dios apareció, bello y gigante,
 Haciendo despeñarse en el abismo
 Al soplo de sus lábios soberanos
 El sangriento puñal de los tiranos
 Y la máscara vil del fanatismo.

Entonces fué cuando la Europa vía,
 Trémula y espantada,
 La mansión ignorada
 Que la voz de Colón le predecía,
 Y á Franklin elevándose al espacio
 De su genio atrevido tras la huella,
 Para robar á la roja nube
 El fuego aterrador de la centella.

Entonces fué cuando se alzó la ciencia,
 Disipando las sombras
 Que huyeron en tropel á su presencia;

Y entonces cuando México miraba
 En la mansión maldita
 Del crimen y del miedo,
 En vez de la cadena y del levita
 La figura grandiosa de Escobedo.
 Y no tembleis al recordar la historia
 Del lugar maldecido,
 Donde el buitре feroz de la ignorancia
 Ocultó sus polluelos y su nido;
 No tembleis á la tétrica memoria
 Del calabozo inmundó
 Repitiendo los últimos lamentos
 Del mártir moribundo;
 Ya está lavada de su impura mancha
 La guarida del crimen,
 Que hasta la infamia misma desaparece
 Donde las huellas del saber se imprimen.
 En vez de los verdugos,
 Y del hirviente plomo y el veneno,
 La medicina que consuela y sana,
 Y los hijos de Herófilo y Galeno.

Sublime redención, misión sublime
 La del que sufre al consolar las penas,
 La del que llora y gime
 Al enjugar las lágrimas ajenas;
 Misión de caridad y bienandanza
 Empezada por Cristo en el Calvario,
 Que redime y que canta en su santuario
 Los himnos del amor y la esperanza.

Seguidla pues, vosotros, que impasibles

Desafiáis á la muerte y los pesares;
 Y si quereis que el mundo agradecido
 Conserve vuestro nombre en la memoria,
 Y que os levante altares,
 Seguid vuestro sendero bendecido,
 Que al fin de ese sendero está la gloria;
 Y continuad sin dirigir la vista
 Al empinado y escabroso suelo,
 Y si ansiais la conquista
 Del lauro inmarcesible de la fama,
 Elevad vuestros ojos hasta el cielo
 Donde está quien os mira y quien os llama.
 Y no penseis en la escarpada roca,
 Ni en la espina punzante
 Que atraviesa la planta que la toca:
 No cejeis ni un instante
 En vuestra noble y celestial carrera,
 ¡Adelante.....! Adelante.....!
 Aún está muy distante
 La corona de rosas que os espera.

1868.

GUILLERMO PRIETO.

ILUSION FUGAZ.

La que arrulla
 Cuando canta,
 La que encanta
 Con mirar,

En la tierra,
 La azucena,
 La sirena
 De la mar,

La garbosa,
 La galana,
 La sultana
 Del verjel,

La que brinda
 En copa de oro
 El tesoro
 Del placer,

Abre á mi alma
 Tu ternura,
 Visión pura
 Del Edén;

Que mi acento
 Sér te aclama
 De la llama
 De mi sér.....

Huyó, y el surco de la luz querida
 Se perdió de la noche en el capuz:
 Palpé las sombras, la alma atormentada,
 Huérfana, busca la fugace luz.

Al descender fosfórica alumbrando,
 Mi ser tornóse de delicias mar:
 Al postrarme, ¡ay de mí! se fué borrando,
 Y en mí dejó tristeza y soledad!

Su talle ví como flotando al viento,
 Y en su contorno estrellas y zafir:
 Llanto sentí cuando vibró su acento:
 En ella, de ella, y con su sér viví.

Fugaz placer, encantadora estrella
 Que en nube tempestuosa se envolvió,
 Ten tumba en mi recuerdo, ilusión bella,
 Mi última luz, misterio de dolor!

JOSE FERNANDEZ DE LARA.

EXHALACION!

Mirad! Ha blanqueado el firmamento
 Como oleaje de arjentado mar,
 Y, marcando su huella entre los astros,
 Fosforecente por los aires vá.

Cruza veloz incógnitas regiones,
 Aumenta en la carrera su esplendor,
 Aparece tan pronto á nuestros ojos
 Como se oculta en denso nubarrón.

Sierpe de fuego nuestro espacio toca,
 La vemos flameante descender;
 Ansiosos la esperamos.....de repente
 Se pierde.....se evapora.....¿donde fué?

Atomo luminoso de algún mundo
De mole inmensa desprendióse allí,
Rutiló vivo en su fulgente marcha
Y ni un reflejo nos dejó al morir.

En el sepulcro eterno del vacío
Con su carrera se extinguió su luz.—
Así también las ilusiones pasan
Y nuestro corazón es su ataud!

AURELIO LUIS GALLARDO.

CORONA DE TRINITARIAS.

Las flores de tristeza que poseo
Rociadas con llanto de amargura,
Eran contraste ayer ¡cuánto lo creo!
Con tus flores de amor y de ventura.

Pronto enturbióse el arrebol sereno
De tu cielo de dicha y de bonanza;
Y hay en tu alma un lago de veneno
Do no cruza ni una aura de esperanza.

Fiero y cruel el desengaño trunca
La copa de cristal de tus amores,
Si no retoña la esperanza nunca,
¿Cómo ha de haber en la existencia flores?....

Jamás creemos que nos llega un día
En que tenemos que llorar, y tanto,
Que á no hacerlo, tal vez nos ahogaría,
El borrascoso mar de nuestro llanto!

Todos sufrimos algo que nos lleva
A un extremo dolor grande y profundo;
¿Por que extrañar que el llanto nos conmueva?
¿Quién no ha llorado en el erial del mundo?

Todos tenemos, todos, una historia
Del bien pasado y la aflicción presente;
Un poema de amor en la memoria,
Una sombra infinita en nuestra frente.

Peregrinos de amor, siempre llorando
Ay! se nos vá el placer ráfaga de humo!
Que en el caliz de amor vá derramando
La yerba del dolor su amargo zumo.

Del árbol del olvido cae semilla
Que estéril fruto dá, lo agosta el hielo,
Hierde el negro pesar nuestra mejilla,
Y se evapora nuestro llanto al cielo.

Diós, sin tasa nos brinda la amargura,
El mundo nuestra sien cubre de abrojos;
Ya puesto el sol de la postrer ventura
Al fin se cansan de llorar los ojos.

Que la vida con máscara de flores
Su faz encubre pálida y sangrienta,
¿Si en el placer nos punzan mil dolores.....
Qué vale engalanar una osamenta?

Ah! y más allá de donde el hombre hacina
Lo grande y bello que forjó en la mente,
¿Si del olvido alzais la ancha cortina,
Hallareis el sepulcro únicamente!

¡Pobre mujer! la planta combatida,
Por vientos de dolor y olas de llanto;
Ay! te ofrecí con lágrimas la vida.....
¡No me lastimes en el alma tanto!

Vaso de amor en cuyo borde hay flores
Y el sol de la ilusión las embellece,
¿Por qué al sufrir el alma hondos dolores
El cristal de tus aguas se ennegrece?

Como el adiós tristísimo de una arpa
Vi el sueño de mi amor desvanecido,
Y el buque ya de mis recuerdos zarpa
En el mar de la noche y del olvido.

Si ayer llorando en mi pasión me viste,
Vagaba en la región del desvario;
Angel del corazón, te hallé tan triste!.....
Mátame de una vez, bello amor mío!.....

¡Flor de las tempestades! tristemente
Deja caer tus hojas en mi alma,
Dulce paloma, al borde del torrente
Te queda aún la sombra de una palma.

Ni el ojo vió, ni el alma ha comprendido
Lo que he llorado por amarte á solas;
Diós solo sabe lo que te he querido,
Flor siempre combatida por las olas!

Si en el libro del mundo hay hoja escrita
En que anule el destino nuestros lazos,
Yo arrancaré esa página maldita
Y rodará á tus pies hecha pedazos!.....

Guadalajara 1864.

JOAQUIN D. CASASUS.

AL AÑO NUEVO.

Como la esfinge silenciosa y muda
Que ni un secreto al porvenir entrega,
El año nuevo hasta nosotros llega
Triste engendrando tormentosa dnda.

Es inútil afán el del deseo,
Inútil la labor de la esperanza,
Que el porvenir á descifrar no alcanza
El alma en su perpetuo devaneo.

La eternidad con sus misterios hiera,
Y en la duda del hombre se complace;
Si engendra la esperanza, apenas nace,
Como la flor de la mañana, muere.

Todo es silencio y soledad, y el día
Que hoy nos presenta el porvenir incierto,
Es un abismo á nuestros piés abierto
Que esconde al par tristeza y alegría.

La cansada vejez retarda el paso
Y evoca sus recuerdos soñolienta,
Que el huésped que hoy en el hogar se sienta
Presagio es ya de porvenir escaso.

La pobreza infeliz que solo halaga
Del triste hogar la mortecina lumbre,
De espectros mil confusa muchedumbre,
Mira que el fuego del hogar le apaga.

El crimen se retuerce sobre el lecho,
Que la vida le estorba y le atosiga,
Y vé en el porvenir, mano enemiga
Que cruel le oprime con abrazo estrecho.

La honradez que no teme, resignada
Siente acercarse el porvenir sombrío;
¿Qué le importa el mañana? su desvío
Es igual á su suerte infortunada.

La copa escancia de falerno llena
Ebrio el placer del vicio en el abismo;
Hoy, ayer y mañana, son lo mismo,
Jamás á Horacio atormentó la pena.

Sólo la infancia en su inocencia ríe,
Sólo la juventud ama y espera,
Que encuentran los anuncios por do quiera
De un mañana que alegre les sonría.

Guirnaldas bellas de amaranto y rosa
Flora en el campo ofrece á la hermosura,
Y de su antorcha con la lumbre pura
Céres la busca, de las mieses diosa.

Le brinda Otoño del amor la palma,
De las nupcias le ofrece la corona,
Y sin dureza y sin desdén, Pomona
Rinde á Vertumno el corazón y el alma.

Y el cruel invierno que á la muerte fría
En el campo y el alma se asemeja,
Velo y antorcha en sus altares deja
Ofreciéndole goces y alegría.

¡Dichosa juventud enamorada
Que tanto bién del porvenir espera!
El nuevo año te ofrece: primavera,
Ilusiones y amor, dicha colmada.

Tal es el año que á la vida viene,
Dicha mayor ofrécele al dichoso,
Males al infeliz y veleidoso,
En duda á todos por igual mantiene.

México, Enero 1º de 1886.

LUIS A. ESCANDON.

TRISTES RECUERDOS.

(Imitación de Blasco.)

Niña adorada; de aquellos dias
En que amorosa te contemplé
Y me jurabas amor eterno;
Y me jurabas también tu fé.

¡Hay! luz perdida

Niña querida

Toda mi vida me acordaré.

De aquella noche, en que la luna
Por las montañas perdiendo fué
Toda su luz, todo su encanto
Y yo á tu lado presto llegué.

¡Ay! luz perdida,

Luna querida,

Toda mi vida me acordaré.

Cuando las auras cantando fueron
Por la campiña, triste quedé;

Es que su canto me recordaba
Lo que en un tiempo mi dicha fué.

¡Ay! luz querida

Dicha perdida,

Toda mi vida me acordaré.

Cuando llegaron á tu palacio
Las golondrinas, triste quedé,
Celos yo tu ve; lucha terrible;
Celos terribles, que el alma vé.

¡Ay! luz querida,

Creencia perdida,

Toda mi vida me acordaré.

Si al templo ibas, me parecía,
No sé decirlo.... No sé por qué.
Pero los celos me desgarraban
Y sin pensarlo vengar juré.

¡Ay! luz querida

Mi fé perdida

Toda mi vida me acordaré.

Todo fué sueño. Todo quimera.
Fué pesadilla. Ya desperté.
Lo que se sueña, pronto se olvida,
Sólo fué sueño! val ya se ve!

¡Ay! luz querida

Noche perdida

Toda mi vida me acordaré.

México, Noviembre de 1885.

MARCOS ARRONIS.

A LA MADRE DE DIOS.

CANTO SÁFICO-ADOMICO.

Mística estrella de sin par blancura,
Arca de alianza entre el Señor y el hombre,
Fuente copiosa de divinas gracias,
¡Célica Virgen!

Oye benigna mi sentido canto,
Eco apacible de mi blanda lira,
Lleno de fé sus armoniosas cuerdas
Lánguido pulso.

Quiero cantar tu virginal belleza,
¡Madre de Dios! Emperatriz del cielo!
Quiero contarte de mi edad temprana
Fúnebre historia.

Antes acaso blasfemé mi lábio,
Mas no fui yo, que las pasiones fueron,
Cuando orgullosas al Eterno envidian
Hórridas quejas.

Era tan pura cual botón de rosa
 Mi alma inocente que te amara tanto;
 Presto robóle sus perfumes suaves
 Abrego impfo.

Miel delicada de violeta linda
 Quise libar cual mariposa inquieta;
 Luego mis alas en espina oculta
 Rásganse raudas.

Pálida joven, con sus dulces ojos,
 Júrame amor, pero alevosa mente;
 Viendo mi afán y mi ternura intensa
 Búrlase ingrata.

Flor de mi vida, de tu mústio tallo
 Ella también en diversión impía,
 Hoja por hoja, con su blanca mano,
 Pérfida arranca.

Vivos colores la guardaba entonces,
 Ambar fragante en su nectario bello,
 Siempre en su cáliz ofreciendo ansiosa
 Cándido aroma.

Tristes reliquias, que su saña injusta
 Solo perdona, te consagro ; Virgen!
 Hojas marchitas, desecado tallo,
 Réstanme ahora.

Tímida ofrenda que coloco humilde,
 Lleno de unción sobre tu altar sagrado;
 ;Casta María! con bondad divina
 Guárdala tierna.

Necio de mí que á la mujer impura
 Cánticos mil con entusiasmo alzara,
 Ciego olvidando tu sin par limpieza,
 ;Tórtola santa!

Blanca es tu sién como nevado lirio,
 Blando y sedefio tu cabello hermoso,
 Tu hábito puro me recuerda á veces
 Céfiro ténue.

Miro en tus ojos de dulzura estrema
 Sacro candor, benevolencia suma,
 Siempre radiando como en clara noche
 Fúlgidos astros.

Cándida luna que en el cielo brillas,
 Nítida luz sobre mi sién derrama,
 Rápida ahuyenta de mi vida loca
 Lúgubre sombra.

Sacra paloma de rizada pluma,
 Moras alegre en el Edén divino,
 Siendo tu arrullo del Señor potente
 Férvida gloria.

Rosa gallarda de matiz risueño,
 Faro brillante, relicario santo
 Donde atesora las virtudes puras
 Plácido el cielo.

Vates sublimes, acordad amantes
 Vuestras ebúrneas, deliciosas liras,
 Presto entonando á la sensible Virgen
 Sáficos himnos.

Vuestros pinceles empuñad, pintores,
Torpes beldades olvidando ahora,
Fieles copiad de nuestra dulce Madre

Púdicas formas.

Músicos tiernos, imitad alegres,
Céfiros gratos, rumorosas fuentes,
Antes de alzar en alabanza suya

Músicas blandas.

Queman los templos en tu honor la mirra
Cantos te brindan las canoras aves,
Nardos las vegas, y los altos cielos

Diáfanas nubes.

Yo te dedico ¡Sacrosanta Virgen!
Flébiles sones de mi humilde plectro,
Estos que brotan de mis yertos labios

Tétricos ayes.

IGNACIO AVILA VAZQUEZ.

—
¿LLORAR, LLORAR NO MAS?

Cual dulce prenda del alma
Nació en mi hogar una flor,
Y tomó vida y color
Al abrigo de la palma
De mi cariño y amor.

Flor de tallo delicado
Y de espléndida belleza,
Cuyo caliz perfumado
Estuvo siempre velado
Por sus hojas de pureza.

Era en la amarga existencia
El imán de mis delicias;
Me arrobaba su presencia,
Cuando aspiraba su esencia
Entre besos y caricias.

Yo hallé en su primer aroma
Un placer encantador,
Y en lenguaje seductor
Le hablé el misterioso idioma
De mi purísimo amor.

¡Cuantas veces mis congojas
Calmó con su bello encanto!
¡Y cuantas, de mi quebranto
Oyó la historia, y mi llanto
Recibió en sus lindas hojas!

¡Ay, y con cuánto embeleso,
De nuestra vida en la calma,
Yo dejé en su tez impreso
El amantísimo beso
Del cariño de mi alma!

¡Flor, cuya grata memoria
Nunca se aleja de mí!
¡Flor, que formaste mi gloria,
Y hoy revelas una historia
De llanto, lejos de aquí!

¿Dónde estás, alma de mi alma,
Que no miras mi dolor?
Vén, como antes, linda flor,
A vivir bajo la palma
De mi maternal amor.

Vén, que aunque tus galas prestas
Para otro sitio adornar,
Nunca debes olvidar
Que para tí no hay florestas
Mas bellas, sí, que tu hogar

Bardo cantor de las hermosas flores,
¡Dime, entre aquellas que admiraste ayer,
Viste acaso á la flor de mis amores?
—No sé cuál es, muger.
—Es una flor de nítidos colores,
De blanca tez é inmaculado sér,
Que entre sus hojas elegante asoma,
Bañada en luz y virginal aroma.

—¡Ah, sí! La hallé á la orilla del camino
Que ayer seguí en mi ruta, al aclarar
El brillo del lucero vespertino.
—¡Oh! vuelve allá tu paso, y si ablandar
Quisieres el rigor de mi destino,
Tráeme esa flor de mi modesto hogar.
—No; porque en fiesta ya con otras flores,
Olvidó tu cariño y tus amores.

—¡Pues qué haré yo sin ella en esta vida;
Sin ver su encanto seductor jamás!
—Por el destino de esa flor querida,
Para tu amante corazón perdida,
¡Llorar, llorar no más!

LUIS PONCE.**EL ANGEL DE LA TRISTEZA.**

Yo he visto entre los sauces
 Del negro bosque umbrío,
 Cruzar como ligera
 Y blanca aparición,
 Un angel que humedece
 Sus alas en el río,
 Y al compás de las ondas
 Levanta su canción.

—
 Inclínanse á su paso
 Las tímidas violetas,
 Los nardos y los lirios
 Su blando aroma dán;
 Detiéndose las brisas
 Balsámicas é inquietas,
 Detiéndose en las rocas
 La voz del huracán.

Y á la hora en que enmudecen
 Los ecos de la selva,
 Cuando en ocaso vierte
 Su luz postrera el sol,
 Antes que en negro manto
 La noche al mundo envuelva,
 Del angel misterioso
 Se oye vibrar la voz.

—¿Sabeis mi nombre? dice;
 Llamáronme..... tristeza!
 Mi frente coronaron
 De flores sin olor;
 Cuanto hay en este mundo
 De gracia y de belleza
 Se abate, se marchita
 Cuando la toco yo!

—
 Yo he visto hermosas niñas
 De frentes virginales,
 De lánguidas miradas,
 De voz angelical,
 Doblarse al soplo mío
 Cual pálidos rosales
 Cuyo verdor secara
 Siniestro vendabal.

—
 Yo apago las antorchas
 De la brillante orgía,

Yo en sus licores vierto
 Mi emponzoñada hiel;
 Yo los tiernos amores
 Llego á romper un día;
 Yo descanso en el fondo
 Del caliz del placer.

El rayo de la luna
 Que sobre el mar riela,
 Alumbra suavemente
 Mi blanca aparición;
 Yo velo en los sepulcros
 Donde ninguno vela,
 Y lloro, donde nadie
 Para llorar llegó.

Descanso junto al lecho
 Del pobre desterrado;
 Junto á la humilde cuna
 Del huérfano infeliz:
 Despues de una derrota
 Contéplame el soldado
 Entre escombros y muertos
 Errante discutir.

Constante compañero
 Del hombre que padece,
 Del que se aturde y goza
 Tenaz perseguidor,

Ante mi frío rostro
 Su rostro palidece,
 Lo mismo en el palacio
 Que en lóbrega prisión.

Cuando el vuelo levanto,
 ¡Qué negro es mi cortejo!
 Formado de memorias
 E imágenes de amor,
 Helados corazones,
 Miradas sin reflejo,
 Risueñas esperanzas
 Que la verdad mató.....

Delirios que encantaron
 Del hombre la existencia,
 Proyectos que mostraban
 Hermoso el porvenir:
 Labios dó se aspiraba
 De amor la grata esencia,
 Y hoy se contempla negra
 La huella del sufrir.

Cuando en las tardes vago,
 Todo esto me acompaña,
 Todo esto asedia al hombre
 Que me encontró al pasar.
 En lágrimas ardientes
 Mi corazón se baña,

Y el sér que me dé abrigo
Debe también llorar!.....

Y pasa..... y á su paso
Las flores se estremecen,
Las tórtolas suspiran
Y llora el manantial:
En sus ligeros tallos
Las rosas palidecen,
Temiendo de su seno
El hálito glacial.

Y pasa..... ¡Ay! á mi frente
Sus labios han tocado,
Su voz á mis entrañas
Cual dardo penetró.
Las noches y los días
Ligeros han pasado;
Mas la tristeza horrible
Dentro de mí quedó.

El hielo de sus alas
Por siempre heló mi frente,
Lo amargo de su acento
Impregna mi canción.
Si entre brindis y risas
Me aturdo locamente,
La tristeza me avisa
Que yo su esclavo soy.

Por eso entre la arena,
Sin brillo y sin esencia
Mis versos ván cual flores
Que el huracán tronchó,
Creciendo en los abrojos
De una árida existencia,
Brotando de una frente
Que la tristeza heló.

Tulancingo, 1867.

MANUEL MARTINEZ DE CASTRO.**DECEPCIONES.**

Llora, pobre corazón,
 La inclemencia de tu suerte;
 Llora, al ver que se convierte
 El cielo de tu ilusión
 En un abismo de muerte.

Llora tu error, pero aprende,
 Al cicatrizar tu herida,
 Que entre el fango de la vida,
 Lo que el alma no comprende,
 Pronto..... muy pronto se olvida.

Fuiste torpe al esperar,
 Forjándote una químera,
 Que quién nunca supo amar,
 Ni comprenderte, pudiera
 Morir antes que olvidar.

En tus locos devaneos
 Un paraíso forjabas
 De amor: más ¿por qué olvidabas
 Corazón, que tus deseos
 Sobre el agua dibujabas?

¿No pensaste que en la vida
 Se recibe, año tras año,
 Por cada ilusión perdida,
 Un amargo desengaño
 Que abre en el alma una herida?

¿Ignorabas como hay flores
 Que el alma guarda entre abrojos,
 Trocando nuestros amores
 En un siglo de dolores
 Por un momento de antojos?

¿Por qué tu sueño, que fuera
 La causa de tu contento,
 Tornóse luego en tormento?
 Porque tu ideal solo era
 Sombra de tu pensamiento.

Cuando en nuestro amor, soñando,
 Tras tus placeres corremos,
 Siempre, corazón, tenemos
 Que retroceder, llorando
 Un bien que pronto perdemos.

Si nada de esto pensaste
 Cuando en el Edén florido
 De tus amores soñaste,
 Llora tu tiempo perdido,
 Llora el bién que no alcanzaste.

Pues no adivino tu anhelo,
 Que en el realismo del mundo,
 Un error convierte el cielo
 De la dicha, en un profundo
 Abismo de desconsuelo.

Llora ese error, pero aprende
 Al sentir sangrar tu herida,
 Que en el fango de esta vida
 Nunca el amor se comprende.....
 Por eso pronto se olvida.

IGNACIO PEREZ SALAZAR.

AL AHUEHUETE DE ATLIXCO.

A JUAN DE D. PEZA.

Arbol gigante cuya copa erguida
 Se eleva desafiando el firmamento,
 Secular, majestuoso monumento
 Lleno de sávia fecundante y vida:

Entre tus ramas el zenzontle anida,
 Clara linfa á tu pie gusta el sediento,
 Que de tu base en la oquedad, asiento
 Encuentra y grata sombra apetecida.

Formando pabellón está tu tronco
 Que el rayo ha dividido, y tu ramaje
 Lo agita el aquilón violento y ronco.

¡Quiera, hermoso ahuehuete, mi fortuna
 Que á mi fosa dé sombra tu follaje,
 Pues que en tu valle se meció mi cuna!

México, 1884.